limpias, y las afueras rodeadas de huertas, hortalizas y jardines.

Los campos, muy bien cultivados, ofrecían próximos frutos, y las laderas de las colinas abundaban en ganados de todas clases, que pacían tranquilamente la crecida y jugosa yerba.

Descendí á varios lugares para orientarme y adquirir noticias del país que recorría.

Supe, al fin, que me hallaba en la Gran República de Morania, una de las principales naciones de aquel planeta.

Por donde quiera se notaban señales inequívocas de bienestar. No se veía el contraste que en muchas poblaciones, donde los más suntuosos edificios están al lado de construcciones humildes. Por el contrario, noté que había poca diferencia en las casas, de donde inferí que la propiedad se hallaba bien repartida, circunstancia favorable para la felicidad de los pueblos, especialmente en las repúblicas, porque allí donde todos los ciudadanos tienen una propiedad, desdeñan el servilismo, conservan una noble independencia y toman una parte activa, como en cosa propia, en los asuntos que afectan á la comunidad.

Sin embargo, de cuanto oía y veía, convencido de que en casi todas las naciones las capitales son el centro del saber, y que en ellas mejor que en las poblaciones secundarias, se pueden estudiar el carácter nacional, las instituciones y las costumbres, no quise detenerme en ninguna parte; y sabedor del rumbo que debía seguir, levanté el vuelo y me lancé en dirección de Denor, Capital de la República de Morania.

Durante el viaje, puse poca atención á los pueblos sobre los que rápidamente pasaba; pero sí me fijé en el inteligente cultivo de los campos y en su perfecto acotamiento.

Repentinamente distinguí una gran población que se extendía en una bella llanura salpicada de pueblos y aldeas, cuyas casas blancas brillaban á traves del follaje.

A proporción que me acercaba podía apreciar los detalles de la gran ciudad.

Tenía la forma de una estrella, en cuyo centro se levantaba sobre una pequeña eminencia, un grandioso palacio donde acaso se reunían los delegados del pueblo; de aquel sitio partían como radios las calles principales de la población.

Me pareció ingeniosa la extraña planta de aquella ciudad y quedé complacido de su belleza.

Como por entonces, aquel era el término de mi viaje, busqué

desde la altura una casa que me pudiera convenir, decidiéndome por una de buena apariencia, que aislada, en el centro de un jardín, parecía tener las condiciones de silencio y sosiego tan necesarios para mí.

Llevaba á Venus la misión de estudiar las instituciones y costumbres de sus pueblos, para que volviendo á la Tierra pudiera difundir aquellas que influyeran en el adelanto moral y material de sus habitantes.

Es de suponerse que para desempeñar tan delicado estudio, se hallaban millares de agentes, entre los cuales debía yo trabajar.

Escogida la habitación, me entré en ella como Pedro por su casa.

Pronto observé el aseo y buen orden que allí reinaba; no había otros muebles que los necesarios, y más bien se notaba en su número y su distribución la utilidad que el lujo.

La casa tenía tres pisos: uno abierto en el pavimento del jardín comprendía la cocina, el baño, la despensa y el comedor, teniendo debajo sótanos donde se guardaba la leña, el carbón y otros artículos que era necesario acopiar para el invierno; el segundo piso contenía la sala de recibir, varias alcobas y un gabinete de estudio; el tercero tenía otras alcobas y un elegante mirador, terminando la construcción con varias guardillas para las criadas.

Me instalé lo mejor que pude, calculando ante todo la tranquilidad que deseaba.

Tomada así posesión del aposento, sin condicion alguna de inquilinato, resolví permanecer en él por entonces, coordinando los recuerdos de mis viajes, para entregarme después al trabajo.

II

Cuando me hallé con buena disposición de ánimo para comenzar mis investigaciones, salí á recorrer la ciudad para formar un juicio exacto de ella.

Encontré que las calles eran anchas y rectas, perfectamente pavimentadas, provistas con abundancia de agua por elegantes fuentes colocadas de trecho en trecho, adornadas con árboles y con profusión de faroles para el alumbrado. En lo general, el aspecto que presentaba el conjunto me pareció muy agradable.

Las casas en su mayor parte eran espaciosas y cómodas, pero de arquitectura sencilla y de construcción ligera. Los edificios pertenecientes al Estado, por el contrario, se distinguían por su magnificencia, belleza y solidéz.

No había jardines públicos en la ciudad; pero sí hermosos parques cubiertos de verde yerba, sembrados de frondosos árboles y con depósitos ó corrientes de cristalina agua.

Es verdad que recordando á Infernópolis ó á Duenditania, débil sensación debería experimentar á la vista de Denor, pero comparando esta ciudad con las de la Tierra, sí podía encontrarla bella, y aun superior á muchas de las que conocía.

Por lo mismo no mencionaré ahora sus edificios, sus palacios, sus teatros, ni sus liceos; sino que haciendo á un lado la parte material, de la que sólo me he ocupado para dar una idea del orden y bienestar que goza aquel pueblo, pasaré á considerar su modo de ser físico, moral, intelectual y político.

Comenzaré por la religión, base y punto de partida de la organización social de todos los pueblos.

La de la República de Morania es en extremo original. Las creencias principales son: Que existe un Supremo Sér Todopoderoso que gobierna el Universo.

Que cuando creó al hombre lo colocó en el más lejano de los planetas; cuerpo triste, oscuro y húmedo, donde la vida es en estremo penosa, con el fin de que por medio del estudio y del trabajo se hiciese acreedor á mejorar de suerte.

Terminada su primera existencia en Neptuno, habiendo allí cumplido su misión de progreso, pasaría á Urano, y de allí á Saturno, á Júpiter, á Marte, á la Tierra, al Sol, mansión del Supremo Sér y lugar de inefables delicias.

Pero, para lograr tan grande felicidad, era necesario que al pasar el hombre á través de aquellos mundos, cuyas condiciones de habitabilidad van mejorando á proporción que se acercan al gran foco de calor y de luz, fuera siempre progresando en ciencia y en virtud.

Aquellos que desobedeciendo el precepto divino, se entregaran á los vicios y á la ociosidad, volverían á comenzar por Neptuno otra serie de existencias, tantas veces cuantas fuese necesario, para que purificándose y perfeccionándose, pudiesen llegar al Sol.

La moral de aquella religión era de lo más pura y condenaba como de los más atroces delitos el hacerle mal á otro. Para tributar adoración al Creador, se reunía el pueblo á horas determinadas en algún parque ó campo, donde se entonaban cánticos de alabanzas, se esparcían flores y se quebaman perfumes.

Los niños cantaban en coro y la multitud repetía sus versículos.

Cuando el mal tiempo impedía la reunión al aire libre, en cada manzana se reunían los vecinos en alguna casa para hacer juntos sus plegarias.

Los habitantes de Denor son muy afables aunque serios, profundos observadores, muy afectos á las cosas prácticas y positivas, sóbrios y modestos en el vestir.

Sus costumbres son sencillas y humanitarias, hallándose animados de un espíritu de justicia admirable.

La instrucción se difunde entre las masas por medio de planteles públicos y gratuitos para todos los ramos del saber.

En cada cuartel de la ciudad hay establecidas bibliotecas públicas, gabinetes de historia Natural y de física, laboratorios de química, y también observatorios astronómicos, meteorológicos y electromagnéticos.

Estos establecimientos permanecen abiertos de día y de noche, según sea necesario, á disposición de los profesores y de los estudiantes pobres, que sin ellos no podrían hacer experimentos ni observaciones.

Es cierto que en Morania se desconocen la aplicación del vapor y otros descubrimientos que se han hecho en la Tierra; pero en otras cosas se hallan aquellos habitantes muy adelantados.

La forma de Gobierno es republicana. El Jefe del Estado se titula "Guardian de la Ley." Es electo por un consejo formado por voto popular: ejerce sus funciones durante un año y no puede ser reelecto jamás.

Para conservar las tradiciones del Gobierno, existe un consejo compuesto de cinco miembros y tres suplentes, todos de elección popular, con quien consulta el Jefe del Estado con asistencia de sus ministros.

Cada año sale uno de los miembros del Consejo y no vuelve nunca á figurar en él.

El poder legislativo lo forman las asambleas provinciales que se reunen en la Capital en ciertas épocas del año para ocuparse de los asuntos generales del país.

La Administración de Justicia se halla servida por funcionarios electos por el pueblo, quien puede destituirlos, previa acusación por medio de jurados que insacula el municipio á quien corresponde.

Los habitantes de aquella feliz república, gozan de la más amplia libertad en todos sentidos, limitada solamente por el derecho ageno; pero las leyes protegen eficazmente á cada uno contra las demasías de los demás; de suerte, que todos giran en el círculo que les corresponde.

De aquí se sigue, que la propiedad se halle perfectamente garantizada por las leyes y respetada por todos.

La seguridad de los ciudadanos, es la preocupación constante de la autoridad y objeto expreso de las instituciones.

La imprenta es absolutamente libre; mas aquella sociedad altamente sensata é ilustrada, condenaría al desprecio al periódico que se atreviera á traslimitar el objeto esencial de la prensa, que es el de ilustrar las cuestiones de interés público, combatir con razones los errores y abusos de los que gobiernan, proponiendo los remedios oportunos para corregir los males y contribuir á la instrucción de las masas moralizándolas.

Por lo demás, la ley declara que aquellos agravios inferidos á un ciudadano y que el Código castiga, se consideren con igual grado de culpabilidad, ya sean expresados con la palabra ó con la escritura.

Desgraciadamente en Venus existe la guerra. Parece que la Naturaleza, allí como en la Tierra, cuenta con este terrible medio de equilibrio entre la población y los productos del suelo.

Tal vez, cuando la ciencia haya conseguido hacer habitables y productores los terrenos que en la actualidad no lo son, las guerras perderán mucho de su furor y serán ménos frecuentes. Entre tanto, la guerra es un hecho fatal del que no se hallan exentos los habitantes del blanco y bello Lucifer. En consecuencia, la República de Morania necesita hallarse apercibida para el combate.

Sostiene un ejército que en su mayor parte se halla acantonado en la frontera de Colura, nación con la que ha sostenido varias guerras.

Aquella frontera estaba desierta; pero el Gobierno logró poblarla, ya por medio de caravanas de comerciantes, ya con colonias que formaban los destacamentos del ejército.

De mis observaciones saqué la conclusión de que el Planeta Venus está en una escala superior á la Tierra. Una de las señales de superioridad es la de que sus habitantes no comen carne.

Los animales que los ayudan en sus trabajos agrícolas y mecánicos, que los proveen de pelo ó lana para sus vestidos, no tienen que esperar, como recompensa de tan importantes servi-

cios, que el cuchillo despiadado del carnicero ponga cruel fin á su vida.

Bastan para la subsistencia del hombre, la multitud de vegetales variados y sustanciosos que la tierra produce.

Otro signo de superioridad consiste en la belleza, patrimonio de la mayoría de los habitantes.

Aunque en la estatura y forma del cuerpo no difieren mucho de los terrícolas, existen, no obstante, ciertos detalles que favorecen á los de Venus.

El más notable consiste en que la cabeza en vez de estar cubierta de cabellos, lo está de finas plumas, así como las cejas que formadas de plumitas microscópicas esmaltadas de colores, dan á los ojos un aspecto encantador.

En el sexo masculino, que es imberbe, las plumas presentan poca variedad, siendo comunmente de un negro brillante; pero en el bello sexo la variedad es infinita, ostentando en las magníficas cabezas, plumajes mucho más ricos que los de las más hermosas aves.

Algunas mujeres forman en la parte posterior de la cabeza resplandores parecidos á la rueda del pavo real, apareciendo sus bellos rostros circundados con una aureola de vistosos colores.

Otras levantan las plumas hacia arriba como la lira, ó las dejan caer hacia atrás como las aves del paraiso.

Por supuesto, que en el tocado de aquellas lindas mujeres no entran los postizos; pero sí se adornan con piedras preciosas, y por las noches con las bellas flores que derraman su luz.

Cuando en las altas horas del día la luz del Sol alcanza su máximum de intensidad, aquellos que tienen que exponerse á su acción extienden las cejas hacia adelante, formando con ellas una especie de quitasol con que resguardan los ojos de los tórridos rayos.

El gozo, la cólera y otros movimientos del espíritu cambian también la posición de las cejas dando muy diferentes aspectos á la fisonomía.

Otra de las diferencias del cuerpo está en los pies: los dedos quedan cubiertos con la piel que los envuelve como una media. Un pié desnudo, siendo blanco y bien formado, aparece como calzado con un botin de raso. Los zapateros, por poco hábiles que sean calzan con gran facilidad aquellos pies que presentan tan pocas protuberancias y que tan bellos se ven calzados como desnudos.

La mujer goza de toda la libertad posible: á cualquier estado que pertenezca, sale y entra á su casa á toda hora: puede salir de la ciudad acompañada de algún amigo ó amiga y permanecer donde le convenga el tiempo que desee; sin embargo, reconoce autoridad en su marido y se distingue en guardar á éste y á su familia las mayores consideraciones de afecto y respeto. Tanta libertad hace que sus allegados no se preocupen por su ausencia, ni se imaginen nunca que pueda hacer mal uso de ella.

Cuando existen motivos fundados de queja, se disuelve el matrimonio, prévio un consejo de familia formado con las de los dos cónyuges, en cuyo caso no son los ménos severos los parientes de la mujer.

La ley castiga con rigor á los que abusan de la sencillez de las doncellas; y la sociedad cierra sus puertas al que ha turbado la paz de un matrimonio. El hombre objeto de esta excomunión social, se ve obligado á abandonar la patria.

El tiempo que no ocupaba en mis investigaciones, lo pasaba en el seno de las familias estudiando su carácter y modo de vivir.

Como es de suponerse, daba la preferencia á la familia en cuyo seno me alojaba y á la cual iba tomando cariño.

III.

Componíase aquella familia, de un caballero muy grave, que era el jefe, y se llamaba Don Austero Explanada, de su hijo que llevaba el nombre de Fabril, y de tres hijas, que eran las señoritas Conformidad, Agitación y Venturosa.

Como en Morania no se conocen los Santos, las familias para poner nombres á sus hijos esperan á que éstos, desarrollándose con la edad, den á conocer alguna cualidad que los haga acreedores á un nombre apropiado. Mientras tanto, llevan el número de órden que les toca por su nacimiento.

Hecha esta aclaración, no creo necesario decir el origen de los nombres de los habitantes de la casa.

En cuanto al apellido de Explanada, era muy antiguo: provenía de que el primer Explanada había construido su habitación sobre un terraplén que formó y niveló en la falda de una montaña.

Tenía la familia dos criadas: una de ellas, joven, que servía de doncella de labor, y la otra de edad madura, que corría con las compras, y cocinaba. Se llamaban Prolijidad y Economía.

Las costumbres de la casa eran invariables. Se almorzaba en la mañana, se echaba un *taco* á medio día y se comía al anochecer.

Al que faltaba á la llamada de una especie de matraca, que servía al efecto, perdía el derecho á la comida que había pasado, aunque solía haber indulgencia con la señorita Conformidad que se levantaba á veces tarde, y á quien Prolijidad, que la quería mucho, subía el almuerzo á su aposento.

Por lo demás, no se preguntaba la causa porque alguno faltaba. Se vivía, pues, en completa libertad.

Don Austero vestía con extraordinaria sencillez, comía poco, bebía menos, y hablaba todavía menos. Su rostro siempre serio sin que nunca lo agitara la más leve sonrisa, hubiera parecido una escultura si sus ojos color de topacio con sus negras pupilas no hubiesen denotado una gran perspicacia y marcada tendencia á la investigación.

Fabril, joven de ancha frente, de mirada profunda, parecía hallarse constantemente ocupado en la resolución de algún problema. Se sustraía fácilmente de cuanto le rodeaba, abismándose en sus pensamientos, y con frecuencia se le veía mover los labios como si hablara consigo mismo: de repente sacaba un libro de memorias y hacía en él anotaciones aritméticas ó algebraicas, al lado de multitud de trazos de que el libro estaba lleno.

La gran preocupación de Fabril era la industria.

Salía de casa por la mañana y no volvía hasta la noche, pasando el día en una manufactura situada en las afueras de la ciudad.

Conformidad, la mayor de las hermanas, era una criatura encantadora. Poseía un perfil griego de lo más correcto; un cuerpo enhiesto que llevaba las ropas talares y profusas que lo envolvían, con la mayor elegancia; sus ojos negros rasgados y brillantes, despedían llamas bajo dos cejas, también negras, que lo mismo que el plumaje que adornaba su cabeza, lucían sobre el color lijeramente pálido del rostro.

Aquella criatura soñadora, desdeñaba las cosas del mundo en que vivía, pensando solamente que no le faltaba más que pasar por el planeta Mercurio, para que su espíritu ya libre de los lazos de la materia, se sumergiera en el Océano de dicha con que le brindaba el esplendente Sol.

Absorbiéndola así estos pensamientos, se alejaba de la sociedad cuanto le era posible.

Parte del día lo pasaba en su alcoba dedicada á la lectura,

meditando, ó escribiendo fantasias sobre las delicias de la vida inmortal, de aquellos bienaventurados que logran vencer sus pasiones en su tránsito por los planetas.

Por la tarde, después de la comida, bajaba al jardín, é instalada en un cenador cubierto de follaje, pasaba horas enteras en la contemplación del cielo.

Cuando á la caida de la tarde lograba ver á Mercurio sumergido en los rayos del Sol, lo contemplaba anhelante como si quisiera en un vuelo trasladarse á él, para abreviar el tiempo y la distancia que la separaba de la mansión de la felicidad.

Más tarde, cuando aparecía la Tierra brillando en todo su esplendor, creía recordar una existencia que había pasado en ella, y su pecho exhalaba tiernísimos suspiros, y aún á veces asomaba una lágrima á sus lindos ojos, sin darse cuenta exacta del motivo que provocaba en ella tanta ternura.

Acaso era un recuerdo confuso de los séres que había amado en aquel planeta, que aparecía tan bello; pero que debía de albergar tantos dolores.

Así pasaba Conformidad buena parte de la noche, ocupada con sus pensamientos, gozando con el espectáculo magestuoso del Cielo, con la fresca brisa, con los perfumes que ella esparcía, con el canto de las aves nocturnas y con la luz apacible de las flores.

Pero si Conformidad tenía una poderosa imaginación, también poseía un corazón sensible; y es claro, que una joven dotada de tantos atractivos, no podía menos que ser requerida de amores por numerosos galanes.

Sin embargo, ella parecía de hielo, y cansados de su indiferencia, se iban alejando, uno á uno los pretendientes, perdida la esperanza.

Solamente un joven parecía haber conmovido el corazón de Conformidad, á fuerza de una constancia heróica llevada á cabo con muchos años de paciencia.

Aquel joven recomendable llamado "Asiduo" estaba adornado de excelentes cualidades.

Por mucho tiempo había ocurrido todas las noches á la reja del jardín, donde, acompañado de un instrumento de música, saludaba con sentidas cántigas á la dueña de su corazón.

Por fin, Conformidad no pudo resistir: consintió en hablar á Asiduo por la reja, lo amó y se lo confesó; mas no quiso acceder á unirse con él, pensando en lo efímero de los afectos que se contraen en el suelo, y temerosa, además, de que la

prosa de la vida material en común, destruyera las únicas ilusiones de amor que había tenido.

Procuraba convencer á Asiduo, de que debía conformarse con el amor espiritual y platónico, único que ella le podía ofrecer.

Tanto le habló de las ventajas de un amor ideal; tanto le ponderó las inmensas delicias que gozarían juntos cuando para siempre se unieran en el Sol, que Asiduo, inclinado un tanto á los sueños, consintió por entonces en admitir las propuestas de su amada.

Desde que formularon aquel pacto, todas las noches se veían á través de la reja, pasando largas horas que á ellos parecían breves, en dulces pláticas en que se juraban de nuevo eterno amor y soñaban fantásticamente en la vida después de la muerte.

Pero Asiduo olvidaba algunas veces sus compromisos, y prefiriendo un momento de felicidad en el mundo que habitaba, á las promesas de dichas sin cuento en otro, se dejaba llevar de su natural impetuoso, amenazaba á Conformidad con sus caricias, la asediaba con sus ruegos y la conmovía con sus lágrimas.

Mas la joven revistiéndose de energía huía presurosa dejando al desdichado amante del otro lado de la reja lanzando ayes y suspiros.

Sucedía, que después de semejantes escenas, el frío de la madrugada, refrescando la sangre del enamorado galán, lo obligaba á buscar el abrigo del hogar.

A consecuencia de aquellas terribles luchas, Conformidad castigaba á su amante no dejándose ver de él por mucho tiempo, hasta que nuevas súplicas y nuevas promesas de enmienda, la obligaban á perdonarlo.

Se restablecían las entrevistas nocturnas para interrumpirse en seguida por las mismas causas, volviendo á reanudarse á consecuencia de porfiados ruegos.

Fácil me hubiese sido ayudar á Asiduo á vencer la virtud de la bella Conformidad; pero era tan puro el corazón de la joven, sus sentimientos tan nobles, tan rica su imaginación, que me parecía un crimen imperdonable el emponzoñar aquella existencia tan dichosa con sus sueños y con su espiritual amor.

Me propuse, por el contrario, impartirle protección y defenderla de todo peligro mientras me hallase cerca de ella.

En consecuencia, preferí sacrificar á Asiduo aunque me simpatizaba.

El joven no podía resignarse á sufrir indefinidamente el platonismo que Conformidad quería imponerle.

Su natural fogoso lo impelía sin cesar á procurar la posesión del objeto amado; empero las reflexiones de la virtuosa cuanto discreta amante y su continente digno, lo detenían calmando sus ansias.

Cuando se hallaba lejos de ella, formaba mil proyectos que la mayor parte de las veces no llevaba á efecto.

Mas una noche nublada y fría, escaló la reja del jardín y se ocultó en el cenador donde solía Conformidad pasar largas horas de meditación.

Poco tiempo después, llegó la romántica con la cabeza inclinada sobre el pecho, como si fuera preocupada con algún pensamiento importante.

Asiduo se extremeció involuntariamente al mirarla, y contuvo la respiración á fin de no hacer el menor ruido.

Conformidad se sentó en un canapé rústico, se apoyó en el brazo y descansó graciosamente su carita en la mano derecha.

De aquella suerte se entregó á la contemplación del cielo que se dejaba ver parcialmente por la ojiva que formaba la puerta del cenador.

En semejante postura, llena de atractivo sin afectación, que Asiduo adivinaba más bien que distinguía, hubiera Conformidad permanecido mucho tiempo; pero el joven no pudiendo resistir más, de un salto se puso á los piés de su amada.

La beldad lanzó un ligero grito de sorpresa; mas habiendo reconocido á su amante se serenó y con grave entonación comenzó á reconvenirle por la indigna celada que le había puesto, tratando al mismo tiempo de huir.

Era en vano; porque Asiduo al mismo tiempo que le pedía perdón llenaba de besos sus pequeñas manos que tenía asidas entre las suyas, dirigiéndole palabras tan tiernas y apasionadas, que Conformidad notó que se debilitaba su energía.

Asiduo, que lo comprendió, redobló sus súplicas y sus caricias. Entonces la pobre Conformidad sintió que sus fuerzas la abandonaban, y no pudiendo manifestarse ya enérgica y ofendida, apeló á la persuasión y á la dulzura, cosa que acabó de exaltar al ardoroso amante.

Asiduo continuaba arrodillado á los pies de su amada, con un brazo enlazado á su cintura, mientras levantando la cabeza la dirigía miradas llenas de fuego.

Conformidad tenía su mano izquierda en el cerebelo de Asiduo y con la derecha le arreglaba las plumas que le caían en desorden sobre la frente, y con tiernas miradas y blandas súplicas, como si corrigiese á un niño, trataba de hacer volver la calma al enamorado mancebo. Asiduo no oía, no entendía nada.

Llegó, pues, un momento crítico en que conocí que Conformidad iba á sucumbir y pensé que me había llegado la vez de socorrerla. Agité con violencia los arbustos que rodeaban el cenador á guisa de una persona que llegase precipitadamente.

Aquel ruido, asustando á los amantes, los hizo levantar como movidos por un resorte. Asiduo se puso en guardia en ademán de repeler alguna agresión, mientras que Conformidad, aprovechando la ocasión de verse libre, huyó precipitadamente para su habitación.

Pasados algunos momentos, el infeliz amante se convenció de que no existía ningún sér humano en las inmediaciones del cenador y se dejó caer en el mismo canapé en que Conformidad se había sentado, entregándose á la más violenta desesperación.

Al fin se fué calmando, poco á poco, y la razón recobró su imperio en aquella cabeza tan perturbada.

Cuando se sintió ya sereno, salió al jardín, dió algunos paseos suspirando por debajo de las ventanas de la bella fugitiva, y escalando la reja se dirigió á su casa á donde llegó al primer albor de la aurora.

Entre tanto Conformidad lloraba en su lecho llena de pesadumbre por la mala acción que había cometido su amante, horrorizándose al pensar en el inmenso peligro que había corrido.

A consecuencia de aquel incidente, por mucho tiempo estuvieron interrumpidas las relaciones de los enamorados jovenes, y no volvieron á reanudarse, sino á fuerza de ruegos y súplicas de Asiduo, que hizo mil promesas de enmienda para lo futuro.

Sin embargo, Conformidad, inspirada por una justa desconfianza, tomaba toda clase de precauciones.

IV

"Agitación," la segunda hija de Explanada, tenía una naturaleza singular. De temperamento sanguineo, su rostro siempre radiante se hallaba iluminado por los más bellos colores y por un par de ojos garzos que brillaban como diamantes.

Su cuerpo elevado y grueso, formaba notable contraste con